

# PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio  
Padrón Albornoz

## EL GRAN CRESCENDO DEL VERANO

Julio empieza a ser julio cuando llega a su mitad, cuando ya casi se presiente agosto.

Calor sofocante en las calles y plazas de la ciudad.

Gran crescendo del verano.

Oleadas y oleadas de gentes hacia las playas y montes frescos de la Isla.

El que tiene posibles, veranea.

El que carece de ellos descansa, siempre y cuando disfrute de vacaciones.

El periodista se lee, tres, cuatro, cinco, diez veces la misma crónica para, entre tanto calor, encontrarle un algo, aunque sea mínimo, de sentido.

Mes de actividad, suma actividad, agrícola y legislativa. Mes de conferencias de paz que, por lo general, siempre terminan preparando otra guerra. Los Parlamentos del mundo entero trabajan a destajo con las últimas ansias de hacer felices a sus pueblos. Mientras, los pueblos se dedican a recoger el trigo. Agradecidos a Dios que les da trigo. Y también a los hombres que, por su parte, les dan leyes. E impuestos.

Julio, mes de gran fatiga para los animales de labor, dicen los viejos diccionarios, diccionarios escritos cuando aún la maquinaria no había puesto sobre el ocre de las tierras su trepidar de mensiruo y el jadeo asmático del diesel.

Hoy los animales de labor van manumitiéndose, aunque no se hayan dado cuenta algunos que todavía trillan.

Julio, mes en que se puede desplumar a los gansos por segunda vez.

Julio, mes en que se prepara a los pollos para que, en Navidades, estén convertidos en succulentos capones.

Mes el más abundante en hortalizas.

Esto, y mucho, muchísimo más que me resisto a copiar, está en los diccionarios en que yo—como otros muchos—bebo la sabiduría.

Julio es para unos mes de reposo y placer. Para otros de pena y sobrecarga. El pobre estudiante ve cómo septiembre se le viene encima y teme, con toda lógica, que se repita lo de junio.

El periodista no sabe cómo atender a tantas cosas ni en que rincón de su cerebro meter la cosecha que se le viene encima: conferencias de paz, lanzamientos—entre ellos el más espectacular de la Historia—, plesbicitos, viajes de enviados especiales, etc., etc.

Julio se llama así porque Julio César le añadió un día. Había falta ahora que otro Julio César le añadiese otros quince o veinte más. O todos los que fueran necesarios para que el periodista pudiera hacerse la ilusión de que todo acaba en julio; hacerse la ilusión, vana como todas, de que agosto, ese terrible agosto isleño—ese agosto que ya se anuncia—es el mes liberador.

Aunque, valgan verdades, hoy Julio César no se dedicaría a estirar los meses, sino los años.

Llegará agosto y nos sorprenderá leyendo aún la misma crónica. Tratando de comprender—y no lográndolo nunca—a est emundo loco y agitado que bulle, incomprensible e incomprendido, a nuestro alrededor.

Gran crescendo del verano.

Exodo masivo a playas y dos montes frescos de la ista toda.

Y ¿Está la ciudad preparada para este su turismo interior?

No. Sinceramente creo que no. La hemos, sí, preparado para el extranjero, para el que viene a dejarnos divisas, a inyectar sangre en la economía de la Isla. Pero, valgan verdades, hay que reconocer que muy poco nos hemos preocupado de nosotros. Y, tampoco cabe duda, debemos hacerlo a marchas forzadas, pues, aunque se crea lo contrario, Las Teresitas será una solución parcial, solución por sólo unos años.

El crecimiento demográfico de Santa Cruz impone que se piense con antelación en un futuro, fácilmente previsible, en que toda aquella zona quedará empequeñecida, ampliamente desbordada, e incapaz por tanto de atender a los habitantes de la ciudad.

En estos días de julio, cuando el alisio seca sus fuentes por unos días, la ciudad se abrasa en su fuego, en sus humos, en ese aire caliente que quiere—y no puede—refrescar el asfalto de sus calles. Es entonces cuándo, una vez más, pensamos en ese éxodo masivo, en este gran crescendo del verano.

Y, lógicamente, pensamos en el mañana, en ese mañana ya próximo—casi presente—en el que Santa Cruz verá aumentar en un elevado porcentaje, las oleadas de gente en busca de playas, de monte.

Y, a la mano, ahí está el futuro Parque de Las Mesas que, a dos pasos de la ciudad, sólo pide un verde manto de árboles y césped. Pero, ¿lo tendremos alguna vez? La contestación, muy a pesar nuestro, no está en nosotros.